

# RESCATE DE DIEZ AÑOS PERDIDOS

*Frank A. KNAPP*

LOS LIBROS de calidades raras no aparecen muy a menudo, ni siquiera en estos tiempos en que las prensas arrojan anualmente centenares, no ya de libros, sino de sellos editoriales. El tomo primero de la *Historia moderna de México*, modestamente titulado "historia política" de los años de 1867 a 1876, es uno de esos libros raros, un clásico solitario sobre la época a que se refiere.

Lo que hasta ahora se había escrito acerca de esa década perdida es en gran medida tergiversación, falsedad o fabricación lisa y llana, urdida por historiadores y políticos porfiristas cuyo objetivo no tenía relación alguna con una reconstrucción y análisis imparciales del pasado. Se proponían exhibir a don Porfirio Díaz como el Cincinato prístino y patriótico que se levanta por encima de los gobiernos "corrompidos y tiránicos" para rescatar a México del camino de la perdición. Difícilmente podía ser historia esa herencia literaria; pero, al fin, tras años de intensa investigación en fuentes olvidadas, Cosío Villegas ha logrado un cuadro verdaderamente dinámico y realista de México y su política durante una época trágica de conspiración y rebeldía. Esta obra no es simplemente una narración política; tampoco es un mero tratamiento del medio, de los hombres y los hechos, aun cuando esos elementos, desde luego, forman parte de la estructura. Es ante todo la captación del pensamiento, de los ideales, de la filosofía, los problemas, el espíritu de una época que se presenta en su forma coetánea pura. Esta aprehensión del pasado, removiendo gruesas capas de tergiversación e información errónea, levantan el tomo primero de la *Historia moderna de México* a la categoría de la grandeza.

No es fácil, por supuesto, criticar una obra cuyos aspectos

todos son singulares: organización del material, fuentes, contenido y estilo. Las observaciones que haré no pretenden ser ni un análisis ni una "reseña de libros" de cartabón. Son las impresiones espontáneas y selectas, sin una organización consciente, de un lector que ha manejado algunos de los materiales originales. Puede hacerse un comentario exacto e incondicionado de este estudio: su título de "historia política" es demasiado estrecho. La verdad es que estas páginas contienen más historia política que otra cosa; pero también las hay de historia institucional, de historia constitucional, historia biográfica, historia militar, historia literario-periodística y filosofía. La introducción a la serie de seis volúmenes ("Llamada general") se sostiene por sí misma como un ensayo fascinante sobre la historia de una historia, la metodología que sirvió para planear y realizar este grandioso proyecto literario.

Las cinco divisiones principales del volumen están organizadas temáticamente y fundidas en un todo natural, aun cuando cada parte pueda estudiarse separadamente. Si hay un tema central predominante que ligue a las partes todas, es la década de derrotas políticas, electorales y militares de Porfirio Díaz y su séquito heterogéneo. El final es la extraña victoria de Díaz en Tecoac, en 1876, victoria que fue posible gracias a una serie de circunstancias fortuitas. Esta segura reconstrucción de la fase inicial del porfirismo, cuyo relato se hace ahora por vez primera, es una de las principales rectificaciones y una de las cualidades decisivas del estudio.

La moraleja es el conjunto exasperante de condiciones y problemas políticos que persiguieron sin cesar a los gobiernos de Juárez y de Lerdo. Se les pinta en la Parte primera como tema aparte; pero, de hecho, son carne y hueso de cada porción del libro. La pauta política era la insurrección perpetua fomentada por un grupo de hombres egoístas y ambiciosos, caudillos militares la mayoría de ellos, que hacían valer su heroísmo como excusa a la desobediencia. Cosío Villegas pinta la contienda, la lucha por el poder, no sólo con el intenso drama que la envolvió, sino con una bien motivada simpatía por la autoridad constituida. A pesar de las absurdas denuncias de la oposición acerca de la opresión del gobierno, de

hecho existía una libertad ilimitada de expresión y de prensa. Más aún, el gobierno usaba con moderación las facultades extraordinarias que el Congreso le otorgaba para combatir la rebeldía y la conspiración, y fue increíblemente tolerante con los rebeldes vencidos. La culpa de que los logros positivos del gobierno en las esferas económica y social fueran de poca monta es de Porfirio Díaz y sus secuaces. La destrucción y el caos que ellos trajeron resultó ser el problema fundamental. La necesidad impuso al gobierno disipar sus recursos y sus energías en los fines negativos de la conservación propia y del mantenimiento de una apariencia de orden.

El autor rescata del olvido muchos temas institucionales y los pinta con una claridad sorprendente dentro de la perspectiva de su significación coetánea. Mencionaré algunos sin intención de resumirlos. Primero, el brillante ensayo de la Parte segunda sobre la reacción nacional, de los partidos, de la prensa y la personal, ante las reformas constitucionales propuestas en la convocatoria electoral de 1867. La opinión sobre esta reñida controversia, entretejida tan meticulosamente, da al lector una visión del intenso sentimiento sobre la santidad de la ley orgánica. Otro estudio muy novedoso es la historia del Congreso unicameral que se describe en la Parte tercera. Aun cuando el tema es la legislación extraordinaria de la época, surgen muchas facetas de la legislatura federal: el alineamiento de las facciones, la libertad en el debate, el espíritu "convencionista" de los diputados y sus pretensiones parlamentarias en detrimento del Ejecutivo. (Muy pocos lectores recuerdan acaso el gran poder que el Congreso unicameral tenía sobre un Ejecutivo orgánicamente pobre, lleno de responsabilidades y sin autoridad verdadera.) Otro ejemplo de análisis penetrante es el que hace Cosío del Plan de Tuxtepec, verdadero modelo de disección de un documento revolucionario importante.

Entre las muchas excelencias de este libro, dos son únicas, no sólo para la época que abarca, sino para toda la literatura política mexicana del siglo XIX: el tratamiento de las publicaciones periódicas y de los periodistas y de la filosofía política de la época. Las dos se ligan estrechamente porque mucha de

la ideología contemporánea se encuentra en las páginas editoriales de los diarios y, a su vez, los periodistas moldeaban la historia y el pensamiento como participantes activos que eran de la vida política. El periodismo está en todo, casi en cada página. La mitad de las citas del autor proceden de la prensa y probablemente de esa fuente proviene una parte todavía mayor del contenido. Y nunca ha habido una ilustración más soberbia de la máxima de que la historia de los pueblos se halla en los periódicos. La tarea de investigación que esto supone es hercúlea. Pueden apreciarla quienes han hecho una investigación sistemática, página por página, en los diarios. Resultó ilimitada la acumulación de material provechoso de esta fuente; pero también debe haber creado el grave problema de la selección, al que me referiré después.

El volumen primero de esta *Historia moderna*, desde otro punto de vista, servirá como fuente indispensable de la prensa mexicana coetánea, así como de una bibliografía de los periódicos y de los periodistas. *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano*, *El Globo*, *El Federalista*, *El Ferrocarril*, *El Ahuizote*, *El Padre Cobos*, *El Mensajero*, *El Pájaro Verde*, *La Voz de México*, una multitud sin término de periódicos metropolitanos y locales renacen dentro del marco de su pensamiento, de su orientación y de su influencia políticas. Las citas de los principales periodistas (Zarco, Zamacona, Sierra, Martí, Vigil, Payno, Paz, Riva Palacio y Bablot) revelan la discordia reflexión política de entonces y las motivaciones personales que la guiaban. Esos extractos de la prensa, que completan los discursos parlamentarios, sitúan al lector en el corazón de los encendidos conflictos de las facciones rivales: juarista, lerdista y porfirista.

El punto neurálgico de la filosofía política reinante era la sagrada Constitución de 1857 y su aplicación. El tratamiento concentrado de este tema cae en la Parte cuarta. El pretexto de cada una de las revueltas fue la restauración de la ley orgánica y de sus garantías individuales violadas, según se decía, por los gobiernos "tiránicos" de Juárez y de Lerdo; pero, cosa extraña, jamás se dudó de la eficacia de la Constitución dadas las condiciones sociales, políticas y económicas.

Por desgracia, cada periódico, cada escritor, cada político, cada facción se consideraba a sí mismo el árbitro de cómo aplicaba el gobierno la Constitución. La libertad se torcía hasta llegar a la licencia; y el derecho de insurrección, que monótonamente se invocaba para restaurar la Constitución violada, resultaba un fácil disfraz del violento apetito de poder. No bastará describir las ideas acerca de la paz y el orden, de la relación entre la libertad y la autoridad y, sobre todo, de la culminación del simbolismo constitucional en la mente de los mexicanos de entonces. Sin embargo, puede sentirse al leer la notable presentación del pensamiento de la época en la Parte cuarta.

La reacción más irresistible para el lector de hoy es la de comparar el pasado y el presente. La Constitución de 1857 fue el símbolo del bienestar y del progreso nacionales durante la década 1867-76. El término "revolución", en su sentido institucional, significa el progreso social, económico y político de la nación y de todas las clases dentro de la nación. La Constitución de 1917 puede ser un satélite importante en el firmamento de la ideología reinante, pero es, resueltamente, secundario a la "revolución": jamás ha tenido la supremacía indiscutible de la Constitución de 1857. La edad de la adoración constitucional nació y murió en México durante la década 1867-76.

Las razones de la intranquilidad y del estancamiento de México después de la caída de Maximiliano y las recetas políticas para alcanzar la paz y el progreso dentro de la Constitución, no se forjaron, por supuesto, con la imparcialidad y el entendimiento que sólo dan la perspectiva histórica; sin embargo, el pensamiento de un escritor, el de Francisco Zarco, tal como se lo revive en este libro, se destaca entre todos los editorialistas de su tiempo. Hijo de la Reforma liberal, político experimentado y observador agudo, la pluma acuciosa de Zarco era directa, lúcida, tranquila y sin el lastre de la animosidad personal o facciosa. Nadie más capaz para analizar los problemas de México o para interpretar la Constitución. Contrastando muy marcadamente con él, estaba Manuel María de Zamacona, cuyos escritos y discursos representan la

propaganda torcida y sensacional de los porfiristas, los excluidos del gobierno. Los editoriales de Zamacona, enderezados a destruir el prestigio de la autoridad constituída, son, sin embargo, hábiles, elocuentes y dramáticos; son particularmente interesantes porque rezuman resentimiento contra Juárez y su grupo. Zamacona compartió su lugar como gran filósofo del período destructivo del porfirismo con Vicente Riva Palacio. Recordado sobre todo como novelista, director de la obra colectiva *México a través de los siglos* y nieto de Vicente Guerrero, su carrera impulsiva, política y periodística ha sido salvada, al fin, del olvido. Entre el gran grupo de escritores y propagandistas políticos olvidados de esta época, Zarco, Zamacona y Riva Palacio son los más valiosos redescubrimientos. La elección es difícil —y también muy personal.

El tránsito de la Parte cuarta a la quinta es una metamorfosis de la propaganda política y filosófica a la historia política y militar. La transición no es tan brusca como parecería. La propaganda sigue siendo el principal ingrediente en la maquinación de las revueltas y también el tema principal del análisis agudo de los documentos justificativos de los pronunciamientos.

Las páginas de la parte final son las de más fácil lectura de todo el libro. Hay aquí un manejo diestro de la "ansiedad", sobre todo en el relato de la revuelta de Tuxtepec, pues en verdad que el lector llega a la absorción cuando progresa en el complot y en la lucha de las tres revueltas principales que amenazaron la estabilidad nacional. Esta "ansiedad" no es un truco estilístico, sino verdad histórica. El éxito de la revuelta porfirista fue muy problemático, hasta el momento de la batalla final, tras diez años de lucha. Aun ésa pudo haberla perdido, y pudo haberse hundido para siempre Porfirio de no haber ocurrido defecciones en las fuerzas leales a Lerdo y de no llegar oportunamente a Tecuac el Manco González.

He hecho una mención demasiado breve de los grandes méritos de este libro. Todavía hay otro que no puede olvidarse y que se encuentra en todos los capítulos: el valor biográfico. No abrigo el propósito de calibrar cada una de las contribuciones que hace el libro, pues no puede aislárselas;

pero la biográfica no se queda atrás de ninguna. Según dije antes, don Porfirio y sus secuaces, mayores y menores, son dibujados en el cuadro general en proporción a su importancia: Zamacona, Riva Palacio, Treviño, Naranjo, Guerra, Martínez, Benítez, Paz, Félix Díaz, García de la Cadena, Mirafuentes, Méndez, Mier y Terán y muchos otros. Juárez y Lerdo permanecen en el fondo, presidentes encadenados a su responsabilidad; pero a muchos de sus partidarios y simpatizantes se les retrata con una destreza literaria admirable, sobre todo a Mejía, Rocha, Alatorre y Rubí. Quizá la atención mayor a la biografía de los porfiristas sea corolario del tema central de Cosío Villegas.

Una obra de esta magnitud ha de tener, por fuerza, aspectos objetables. No me refiero a "defectos" propiamente dichos, sino tan sólo a detalles de criterio en cuanto a selección y aprovechamiento de los materiales. Desde luego, el autor ha tenido clara conciencia de este problema, y no hay para qué decir que, en general, lo ha resuelto airosamente. Pero, en mi opinión, hay ciertos casos de desequilibrio en cuanto al espacio concedido, a la selección de los detalles y a la omisión de temas. Los méritos principales del libro exigieron, paradójicamente, los mayores sacrificios. Por lo que toca al espacio, los detalles se acumulan en exceso en la Parte quinta, al hablar de los aspectos militares de las revueltas, lo cual origina cierta pérdida de proporción. A pesar del interés de su lectura, parte de ese espacio pudo haberse consagrado al tratamiento de otros temas políticos, por ejemplo las relaciones del gobierno federal con los de los Estados, la literatura electoral de las distintas facciones durante las elecciones generales, la evolución, dirección y programas de lerdistas e iglesistas, el esfuerzo de Iglesias para hacer de la Corte la autoridad suprema en cuestiones políticas, y algo más de los ilimitados conocimientos biográficos del autor para retratar a los distintos miembros del gabinete y a otras figuras de la época. No quiero decir que se hayan omitido estos temas, sino que han sufrido por la atención concedida a otros.

Los ejemplos casi saturan las Partes tercera y cuarta; en consecuencia, pierden fuerza. Es un ensayo histórico brillante

el tratamiento minucioso de las leyes extraordinarias: su revisión cronológica, las votaciones en el Congreso, su examen artículo por artículo y los argumentos de la oposición, que varían poco más allá de cierto punto; pero la abundancia de detalles disipa parte del efecto que debían producir, e impone el sacrificio de espacio. El autor, al examinar en la Parte cuarta el pensamiento político coetáneo, reunió tantas inapreciables ilustraciones, que evidentemente se resistió a eliminar muchas de ellas. Es interesante advertir que tuvo plena conciencia del peligro creado por la seriedad de su investigación, pues dice él mismo que el número de las opiniones sobre el gran tema de la paz resultó ser realmente abrumador.

Otro aspecto en que el autor tuvo que hacer una decisión delicada es la disposición general de los materiales (véanse las interesantes observaciones de la "Llamada particular"). El método elegido es el temático, con alguna modificación introducida por el cronológico. Quizá era la única decisión posible y, desde el punto de vista del especialista, el resultado es soberbio. Por desgracia, los intereses de la mayoría —el lector general que carece de un conocimiento detallado de los hombres y de los sucesos de la época— fueron sacrificados en esa decisión. Sin embargo, quizá sólo el especialista apreciará cabalmente los años de investigación y de reflexión que se ha llevado este volumen.

Para mí en lo personal, la única omisión en el libro que ha resultado una desilusión verdadera, aun cuando fue una omisión juiciosa, es ésta: la opinión y la hipótesis de Cosío Villegas sobre la permanencia de Juárez en el poder. Fue, sin duda, uno de los grandes temas de discusión y, en gran parte, el pretexto de la rebelión porfirista. El asunto, es verdad, no deja de mencionarse; se cita una carta de Matías Romero en que se dice que Juárez pensaba preparar a Porfirio Díaz como su sucesor antes de la elección de 1871 y de la revuelta de La Noria; pero los hechos no coincidieron con la carta. Juárez hubiera estado en la presidencia dieciséis años de haber terminado su último período. Gran patriota, estadista y político como era, se rehusó a enfrentarse con el problema vital de la transmisión legal del poder. En todo caso, los futuros

historiadores y los lectores de hoy echarán de menos una opinión definida de Cosío sobre este asunto.

El volumen primero de la *Historia moderna de México* es un estudio clásico; es una obra grande e insólita. Estas páginas no son una reseña suficiente de su contenido y de su valor. Podrían haberse limitado a una sola frase: Leed el libro y sentiréis revivir el espíritu de una época.